

**MÁS ALLÁ
DE LAS TRINCHERAS**

VERÓNICA VALENZUELA

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Más allá de las trincheras*

© *Verónica Valenzuela*

Registro propiedad intelectual 2011

<http://www.veronicavalenzuela.org>

Edición publicada en Octubre 2016

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

VERÓNICA VALENZUELA

MÁS ALLÁ
DE LAS TRINCHERAS

Agradecimientos

Este libro es un homenaje al hombre que guió mis pasos por la vida: Miguel, mi padre. Quien me otorgó un maravilloso regalo, el amor por los libros y por contar historias.

Él fue mi primer lector, su apoyo y su ternura fueron el mejor aliciente para convertirme en la escritora que soy hoy día.

Mis ojos han sido sus ojos en cada palabra, en cada capítulo. Su espíritu ha llenado mi alma de inspiración con cada aventura.

La novela que tienes en tus manos, querida lectora, es mi forma de devolverle una parte del amor que me dio. De cumplir la promesa que le hice de no dejar nunca de escribir, aunque él ya no estuviera conmigo para disfrutarlo.

Papá, tú eres la esencia de éste libro.

Siempre estás en mi corazón.

*No tengo ni padre ni madre,
no tengo ni patria ni Dios,
no tengo ni cuna ni sudario,
no tengo ni sombra de amor.
Y si nadie quiere comprármelo
al diablo se lo ofreceré.
Robaré, puro el corazón,
y, si es preciso, mataré.*

*Attila Jozsef
Corazón Puro*



Prólogo

Sentado frente al fuego del hogar, miro atrás en el tiempo para recordar la fuerza de la estirpe que corre por mis venas: la sangre del gran príncipe de los magiares Árpád, nuestro fedelejem¹, descendiente de Attila.

Dicen que Bela IV, el último soberano de los Árpades, murió sin herederos. Pero no es cierto, la esclava romaní² Ilona, llevaba un hijo en sus entrañas cuando huyó a las montañas antes de fallecer su amado rey.

Aquel niño era mi antepasado más remoto. Mezcla de sangre gitana y noble, los Tisza vivieron con esplendor en Pest hasta la guerra de la Independencia³ de 1849. Por culpa de esa guerra mi bisabuelo Sandor se arruinó, perdiendo todas sus posesiones ante el poder de los Hasburgo⁴ y teniendo como única opción, trabajar para la

¹ Rey en el idioma húngaro.

² Significa gitana o gitano.

³ Tras la revolución de Pest el 15 de marzo de 1848, surgieron las leyes de abril, en las que se abolió la nobleza húngara, llegó el final de la servidumbre y su igualdad ante la ley.

⁴ En septiembre de 1848, los ejércitos austríaco y ruso opusieron sus armas contra los húngaros, quienes perdieron la batalla al año siguiente. Hungría fue anexionada al Imperio Hasburgo.

nueva nobleza convertido en su vasallo durante cuarenta años.

A la muerte de Sandor, su hijo Béla decidió probar fortuna en el resto de Europa, cansado de rendir pleitesía a quien no era dueño de su tierra.

Viajó con su familia por Austria y Alemania. Lograron establecerse unos años en Berlín, pero un nuevo revés de la fortuna en forma de devastador incendio que destruyó su hacienda por completo, les obligó a seguir deambulando.

Sus descendientes llegaron a Polonia a finales de 1913.

De Lodz a Sieraz, pasando por Radom y otras ciudades, sólo encontraron el rencor y la superstición de la gente.

Extranjeros y vagabundos era mala combinación. Su herencia aristócrata de nada les servía cuando les consideraban ladrones, juzgando con dureza su piel morena y su aspecto bohemio. Los aldeanos creían que arrastraban la mala suerte al ganado, a los campos, e incluso que provocaban enfermedades a sus hijos.

Si lograban encontrar buenas tierras para cultivar, se quedaban en ellas un corto periodo de tiempo trabajando como jornaleros. Nunca demasiado, porque solían aparecer numerosos instigadores que no deseaban gitanos cerca de sus aldeas, y tenían que volver a huir por los caminos para salvar sus vidas.

Lajos, el joven y único heredero de los Tisza, acompañaría a su familia en el penoso exilio.



Capítulo 1

La antigua ciudad de Kalisz, al norte de Polonia, recibió el paso de la variopinta caravana a finales de abril de 1914.

Los Tisza, junto con sus antiguos sirvientes que les acompañaban en su peregrinaje, atravesaron en silencio la ciudad durante la madrugada.

Espiaban cada rincón de las estrechas callejuelas del centro iluminadas por el pálido reflejo de la luna, con el miedo y la precaución arraigados en sus corazones, siempre precavidos ante lo inesperado. Tenían suficientes motivos para temer a la oscuridad, con ella habían llegado los desalmados que les perseguían como proscritos, y les habían cazado y humillado a lo largo de dos décadas de triste bagaje.

Sin patria, sin hogar, sin dignidad.

A una hora de la ciudad encontraron un extenso valle de aspecto fértil protegido por un bosque, con abundante hierba para los caballos y el par de mulas que componían la caravana. Instalaron el campamento en las inmediaciones del río Plonka.

El extraño séquito de viejos carromatos cubiertos de tela raída y amarillenta por el paso del tiempo, acogió a las cinco familias en su nuevo hogar.

Las mujeres con faldas de vivos colores, blusas abullonadas con los hombros descubiertos y largos pañuelos en la cabeza, dispusieron los pocos enseres que poseían fuera de los carromatos para lavar su interior.

Los niños correteaban medio desnudos entre baúles y cacerolas abolladas, jugando a imaginar que iban montados en briosos corceles, lujosamente engalanados.

Los hombres ataviados con camisas de sarga y pantalones oscuros de labranza, remendados cientos de veces en las perneras, salieron desde la primera mañana en busca de trabajo.

Llevaban diez días deambulando por los alrededores del pueblo, solicitando algún puesto como jornaleros. Al anochecer, regresaban exhaustos y decaídos con las manos vacías para alimentar a su grupo.

Lajos desde pequeño, era un excelente pescador de río y tenía por costumbre buscar las mejores zonas de la corriente en cuanto asentaban su campamento, lo que le permitía pescar buenas piezas que al menos servían de sustento a su gente.

Levantándose al amanecer, tomaba una taza de té caliente y salía raudo hacia el río. Ferenc, su padre, le permitía ausentarse de sus otras tareas mientras no encontraran trabajo, porque traer suficiente comida, era un motivo generoso para las interminables horas que Lajos permanecía fuera del campamento. Pero el joven, aunque nunca traía las manos vacías, tenía un motivo secreto para sus escapadas.

Al día siguiente a su llegada al pueblo, había descubierto una agradable sorpresa donde tenía su puesto de pesca. Dejando la caña asegurada y clavada en la tierra con ayuda de unas piedras, espiaba a su objetivo

concentrado en no perderse un detalle, escondido detrás de un inmenso roble.

Se había prendado de una joven que lavaba ropa en la orilla. La melena dorada como el trigo maduro caía en cascada sobre su blanco cuello, los mechones más largos rozaban el agua que salpicaba su vestido rosado, resaltando su busto por debajo de la húmeda tela.

Contempló estremecido los melancólicos ojos, de una tonalidad azul brillante, cuando ella levantó el rostro de pómulos altos y una boca de labios sensuales como los pétalos de una rosa. Anonadado por la visión de aquella ninfa, volvió cada jornada al mismo lugar sin encontrarla.

Pero esa misma mañana, un par de semanas después de su llegada, sus ruegos fueron escuchados por los dioses de la fortuna que permitieron el regreso de la joven al río.

El ansia de Lajos por conocerla pudo más que su cautela y salió del cobijo del árbol que le ocultaba. La chica se asustó al ver a aquel desconocido de pronto, y haciendo un apresurado ovillo con la ropa mojada, echó a correr hacia el claro del bosque a su espalda.

Pero unas fuertes manos la agarraron por la cintura en plena carrera, parándola en seco y desparramando la ropa por doquier. El aliento del hombre le hizo cosquillas en el cuello mientras acercaba los labios a su oído, con el torso pegado a su espalda y sus manos apresándola con codicia por el talle.

—¿Por qué huyes niña? ¿Temes que pueda comerte? —le susurró, haciendo que sus palabras sonaran tan peligrosas en su profunda voz, como las del lobo de Caperucita.

Ella se giró frente a él con un rápido movimiento que no logró liberarla de sus manos, que la seguían reteniendo por la cintura.

—Soy un manjar demasiado exquisito para tu boca. ¿Los de tu calaña no os alimentáis de basura? —respondió altiva, levantando la cabeza para mirarle con desprecio.

El hombre la contemplaba con ojos dorados como la miel que parecían desnudarla lentamente. Era altísimo, con los hombros anchos y el torso fornido de un gigante. La muchacha le llegaba al pecho y no era pequeña, sino esbelta y espigada como una brizna de hierba al sol.

La blanca sonrisa del joven, junto con el cabello negro de ensortijados rizos deslizándose hasta sus hombros, le confería la apostura de un seductor pirata.

—¿Qué clase de estupideces te han contado los de la ciudad? —La soltó de sus manos bruscamente.

—Los gitanos no traéis más que desgracias —aseguró la chica, alejándose unos pasos precavida—. Saqueáis y robáis a vuestro antojo, todo el mundo lo sabe.

—Quienes nos calumnian ni siquiera conocen la estirpe de mis antepasados. Somos gente pacífica con el mismo derecho a vivir que cualquiera —contestó Lajos defendiéndose.

—Tu gran linaje te hace más honesto, pero sigues pareciendo un simple vagabundo con el que no pienso perder el tiempo —respondió irónica, volviendo sobre sus pasos para recoger las prendas tiradas por el suelo.

Lajos se agachó a la vez que ella para ayudarla y al tomar la misma blusa, sus dedos rozaron los de la joven produciéndole un escalofrío de excitación en un sitio bastante inapropiado, cuando la mirada azul se clavó con furia en la suya por haberla tocado.

—He visto morir a mi gente de hambre, echarles de las aldeas como perros y no poder cultivar ni un mísero pedazo de tierra —le habló muy bajito con gesto conciliador—. Apalea a un anciano, por el simple hecho de acercarse a unos niños para contarles una bonita historia. Dime, ¿quiénes son los salvajes? ¿Ellos o nosotros, aunque nuestras ropas sean viejas y raídas?

La joven le miró muy seria sin soltar una sola palabra.

—Además, deberías estarme agradecida de ser cortés. Eres una mujer sola en el bosque. Un canalla podría haberte

forzado si lo hubiese querido, y no podrías defenderte de alguien mucho más fuerte que tú para evitarlo— Fanfarroneó divertido.

La muchacha le empujó con rabia, perdiendo el equilibrio, y el peso de sus cuerpos les hizo rodar por el suelo, con el forcejeo de la chica y los arañazos que le propinaba donde sus uñas hicieron blanco. El hombre quedó debajo de la chica cuando logró pararles a ambos, antes de que rodaran hasta chocar con una de las grandes piedras de la orilla.

Disfrutó del espectáculo con sumo placer ante su melena despeinada sobre los hombros y el rubor acalorado de sus mejillas, al bajarse la falda que tenía enredada en los muslos, con las manos del gitano todavía sobre su trasero. Hasta que ella al darse cuenta de dónde la tocaba, se apartó a un lado, dándole un puñetazo en el costado al ponerse de rodillas.

—¡No vuelvas a ponerme las manos encima o será lo último que hagas! —le gritó como una arpía, echando chispas por los hermosos ojos azules mientras recorría por segunda vez el camino de vuelta, en busca de la ropa que a aquellas alturas debía estar hecha un desastre de suciedad.

Levantándose con agilidad de la hierba y divertido ante el indomable carácter de su enemiga, la siguió, andando a su lado en un par de zancadas.

—Cuidado jovencita. Puedo maldecirte, ¿no tienes miedo? —La hostigó para provocarla y ver hasta donde llegaba su mal genio.

La chica con los ojos relucientes, se plantó frente a él, desafiándole a seguir burlándose de ella.

—¡Solo eres un sucio bastardo! —le insultó, orgullosamente erguida como una bella estatua.

—Si no aceptas mi amabilidad, me comportaré como uno entonces. —Odiaba que le llamaran con aquel vil insulto e inclinando la cabeza hasta que su aliento le rozó la

mejilla, cogiéndole el mentón con una de sus enormes manos y estrechándola contra el pecho, la besó a la fuerza.

Sus labios se enfrentaron bruscamente, mientras que su lengua ardorosa se abrió paso hasta tocar la de la muchacha, que forcejeaba contra su boca. Ella sintió una oleada de deseo desconocida ante el roce, que la inundó, tentándola a devolver el beso inexplicablemente y reuniendo toda su voluntad y sentido común, se zafó de sus labios. Dispuesta a darle una bofetada, el hombre paró su mano atrapando su muñeca con vigor.

—No finjas que no te ha gustado. —Le sonrió pícaro, secretamente satisfecho de conseguir su preciosa boca.

—¡Maldito perro! —le gritó, al soltarse con un empujón sobre su pecho y corrió hasta perderse en el bosque con la ropa echa un ovillo en sus brazos, mientras Lajos reía a carcajadas.

Ferenc y su mano derecha Janos, se encaminaron a la quinta granja de los alrededores. En todas las haciendas habían rechazado su solicitud de trabajo y la exigua bolsa de provisiones común, mermaba a pasos agigantados cada día.

El aristócrata empezaba a desesperar, cuando el enorme y obeso capataz, le negó la entrada a la finca con malos modos. Nadie escuchaba sus súplicas, ni se percataba del rugir de sus estómagos hambrientos al olor del desayuno de los trabajadores.

La noche anterior ningún adulto cenó, sólo los niños tomaron un bocado de duro queso y exiguos trozos de pescado ahumado.

El corazón de Ferenc se llenó de dolorosa impotencia, ante la mirada de uno de los chiquillos al preguntar: *¿Sólo comeremos esto?*

Necesitaban un milagro que no parecía llegar y empezaba a pensar en una solución drástica.

El sol radiante en el horizonte, dio paso a un nuevo día, envuelto en una suave y fresca brisa. El lago procedente del río mostraba un estanque de brillante agua clara.

Lajos disfrutaba de un delicioso baño embriagado por el penetrante aroma de los lirios en flor, sin importarle el frío del agua. De espaldas al bosquecillo que lindaba con el lago y hundido en el agua hasta la cintura, sintió que alguien le observaba y supo quién era al mirar de reojo.

La figura se descalzó metiendo los pies desnudos en la orilla. Al levantar la vista divisó al gitano y se tapó la boca para que no oyera su gemido de sorpresa. El desasosiego se apoderó de ella, su corazón se desbocó anhelando marcharse, pero la imagen ante sus ojos la atraía demasiado.

El cabello del hombre caía por la espalda de músculos definidos. Gotas como perlas resbalaban por la piel dorada, moldeando los hombros y brazos de bíceps pronunciados.

La cintura estrecha acababa en unos glúteos firmes y redondos que dejaban adivinar bajo ellos, la sombra del vello genital, antes de que su dueño se zambullera.

Era el ejemplar más varonil que hubiera imaginado. No podía apartar la vista de aquel cuerpo que invitaba a acariciarlo, recorriendo el contorno de cada músculo con las yemas de los dedos y haciendo que su respiración se entrecortara por la emoción. Contemplar aquella piel, aquella belleza masculina, la sorprendía preguntándose por qué se sentía tan febril en su presencia.

Molesta por la forma en que él se permitió tratarla como si fuera de su propiedad, ideó la forma de hacerle pagar aquella humillación: sin hacer el más mínimo ruido, se acercó al lugar donde estaban sus ropas y las escondió tras una piedra cerca de los árboles a su espalda. Aún tenían impregnado su dulce aroma a hierba fresca.

Ese hombre la atraía peligrosamente a pesar de haberlo visto sólo una vez y de su canallesca actitud hacia ella. Le despertaba sensaciones inquietantes de rechazo y una excitante atracción que no podía entender. Y aquel beso prohibido que le nubló la razón y la cordura en un delicioso instante, porque ningún otro hombre la había quemado viva con el roce de su lengua, con el abrazo apretado de su cuerpo hasta fundirla.

Absorta en sus fantasías, no se dio cuenta de que la había descubierto hasta que fue demasiado tarde. Cuando se dirigió al lago, Lajos estaba mirándola de pie con el agua por encima del pubis.

Contuvo un jadeo ante la visión de su torso: suave vello oscuro cubría sus amplios pectorales, culminando en unos pezones morenos, pequeños y endurecidos. El vientre musculoso y firme del duro trabajo en el campo, también estaba salpicado de un cordón insinuante que indicaba el camino hasta el tesoro entre sus piernas, que casi dejaba el agua entrever.

“Parece la reencarnación de Apolo que muestran mis libros de historia clásica”, pensó, recreándose con disimulo en el espécimen masculino que se mostraba sin recato ante ella.

—¿Qué miras tan descarado? —le preguntó para acabar con aquella situación que la estaba llevando a un juego muy peligroso.

—Eso mismo me pregunto yo, aunque ya veo que sigues siendo tan impertinente como de costumbre. Para tu información me estoy bañando y me gusta hacerlo solo —le comentó aguantando la risa, porque sabía que le había estado mirando durante un buen rato.

—Entonces te agradeceré que te largues a otra parte —le dijo la chica cruzándose de brazos.

—¿Acaso éste lago te pertenece?—contestó indignado.

—Si así fuera no consentiría que lo ensuciaras con tu persona.

—¡Oh, me asustas! ¿Y qué has ideado para echarme de aquí? —respondió con las manos en la cintura a la espera de un nuevo ataque.

—Tengo tus ropas y pienso quemarlas con éstas cerillas si no nadas hacia otro lugar —le advirtió mostrando la caja sacada de su delantal blanco.

—Espero por tu bien que no sea verdad lo que dices. Mi paciencia es muy limitada y ésta vez no seré tan benevolente contigo —contestó exasperado.

—¿Llamas benevolencia al abuso que cometiste? Debería castigarte, dejar que te helaras en el agua hasta la noche y volver desnudo, ¡para que te coman las alimañas en el camino de vuelta al lugar de donde vengas! —Le retó, con muchas ganas de llevar a cabo lo que decía.

—¡Devuélvemela ahora o iré a buscarla yo mismo!

—¿No serás capaz de salir desnudo del agua estando una señorita frente a ti? —Su instinto la puso sobre aviso de que tocaba terreno resbaladizo.

—No te comportas como una señorita precisamente, y aún no tienes ni idea de lo que soy capaz —respondió, saliendo del agua tan desnudo como había llegado al mundo.

La muchacha sintió que sus mejillas ardían de vergüenza y se maldijo por haber cometido el error de provocarle. Bajó la vista evitando contemplar su sexo, aunque tuvo tiempo de averiguar que poseía un miembro considerable.

—Tu ropa está tras aquella rocamurmuró con timidez señalándole el lugar con el índice. Cuando iba a huir, Lajos retuvo su mano con delicadeza.

—Quiero hablarte, por favor. Si prometes quedarte aquí hasta que me vista, no haré nada que te incomode —concluyó, soltándola con una sonrisa.

Había sinceridad en los bellos ojos del hombre y la muchacha creyó sin saber por qué en sus palabras. Después

Verónica Valenzuela

de la travesura en la que le había metido, decidió que era justo esperarle.

